

Hacia la indisciplina como forma de liberación

David Suárez Pascal
david.suarez@ciencias.unam.mx
Facultad de Ciencias, UNAM

*¿Quién me ayudó
contra la furia de los titanes?
¿Quién me salvó de la muerte
y de la esclavitud?
¿Acaso no lo hiciste tú todo,
sagrado y ardiente corazón?
Goethe - Prometeo*

*La transdisciplina no será de ninguna ayuda
en tanto todo mundo permanezca inerme
dentro de sus propias fronteras disciplinarias,
sin transgredir ningún tabú disciplinario. En
realidad el trabajo interdisciplinario
solamente es fructífero cuando nos
arriesgamos colectivamente para confrontar
los problemas en la forma en que éstos
pueden ser vistos en disciplinas diferentes a
la nuestra.*

Jesper Hoffmeyer

Vivimos tiempos complicados. Las crisis ambientales, económicas y culturales se asoman por doquier y el derrumbe de viejas hegemonías solamente parece detenerse por nuestro ya rancio anhelo de progreso y por el miedo a lo desconocido. La globalización, que motivó un intenso campo de reflexión intelectual hace alrededor de veinticinco años es ahora más que evidente en los modelos similares que se han adoptado en el terreno económico, social y cultural en la mayor parte de las regiones del mundo. Las ciencias, las artes y la filosofía, otrora paladines de la razón, de la edificación y de la emancipación del ser humano, ahora parecieran languidecer bajo el sonido de un monótono martilleo.

La novedad de los antiguos descubrimientos científicos y la magnificencia de las antiguas obras de arte contrastan con la insensatez y la burdeza de muchos estudios científicos actuales, así como con un arte que muchas veces pareciera vacilar entre la mercadotecnia y el afán de exotismo. Las promesas del progreso científico y tecnológico, que todavía hace poco más de cinco décadas, motivaban la embestida de autores como Charles Percy Snow (2012) hacia la otra cultura (las humanidades y las artes), se han derrumbado por su propio peso con un gigantesco estruendo.

Las tecnologías actuales inundan nuestro entorno, nos dotan de una aparente ubicuidad y crean lazos invisibles que se extienden mucho más allá de las interacciones mediadas por nuestra presencia física. Al mismo tiempo, la infraestructura que posibilita esas tecnologías y muchas otras conveniencias del mundo contemporáneo consume recursos y genera basura a ritmos que superan los experimentados por todos nuestros antepasados. Cualquiera que haya visto a alguien más preocupado por obtener la mejor toma para un retrato (o un autorretrato) digital que por hacerse presente en un espacio en particular, será capaz de ver algunas de las contradicciones que entraña este mundo contemporáneo.

En respuesta no solamente a Snow, sino también frente a quienes pregonaban entonces la futilidad de la cultura artístico-literaria frente a la necesaria y obviamente útil cultura científico-tecnológica, Susan Sontag hablaba de una nueva sensibilidad que era la base de la cultura de la segunda mitad del siglo XX, al menos en el Occidente capitalista. Esa sensibilidad tendía, según la autora, hacia la experimentación, la autorreferencia, el tecnicismo y la impersonalidad, y era, por lo tanto, mucho más cercana a la ciencia y a la tecnología de lo que señalaban sus críticos (Sontag, 1969). Ejemplos de esa sensibilidad eran para ella la pintura de Mark Rothko y las obras de Samuel Beckett.

Podemos preguntarnos si esa sensibilidad que señala Sontag era, en efecto, compartida igualmente por artistas y por científicos—dando sus cualidades generales a la cultura de la época—, o si se trataba más bien—invirtiendo el argumento de Snow—de una prerrogativa de los artistas verdaderos, aquellos que según Sontag estaban en sincronía con su tiempo, que reaccionaban adecuadamente ante la “anestesia sensorial masiva” en la que estaba sumido el hombre occidental desde la revolución industrial.

De cualquier manera, y para no caer en los filisteísmos que tanto critica Sontag, es necesario que nos preguntemos de una vez y por todas cuál es la sensibilidad que corresponde en este momento a los miembros de las más diversas culturas y subculturas que forman la humanidad contemporánea; es también necesario que nos preguntemos cuál puede ser la función de las ciencias y de las humanidades en esta época, o si la pregunta misma carece ya de sentido cuando la formulamos de esa manera.

§

El Prometeo de Goethe interpelaba a Dios y lo acusaba de no haberle ofrecido nunca al hombre ni

ayuda ni consuelo, por lo que ponía su corazón junto a la raza humana y le daba la espalda a las deidades. Frente a la aparente impotencia y la mudez de los dioses, contrastaba la determinación y la magnificencia del hombre. Si viviera ahora, Goethe, tan en sincronía con su época, quizás le reclamaría a este Prometeo-hombre el haberle enseñado a no adorar a los dioses y el haberlo convencido de que no se necesitaba más que a sí mismo frente al mundo.

La ciencia moderna, que se identificó con ese Prometeo-hombre, ha mostrado al mismo tiempo su poderío y su ceguera. ¡Será que el fuego que robó del monte Olimpo lo deslumbró y le impidió ver cómo ardía el mundo! La razón desencarnada, impersonal, material, optimizadora y utilitaria, que parece haberse convertido en el ideal de la ciencia del siglo XX, no para de mostrar sus carencias y de plantarse en la base de muchos de los males contemporáneos. Nuestro intento por capturar la esencia del mundo mediante fórmulas, algoritmos y compuestos químicos, para volverlos materia prima de esa maquinaria de la razón y, a través de esto, en productos de mercado, ha reducido la complejidad de nuestro entorno y, a un tiempo, ha vuelto nuestra existencia miserable.

Las artes contemporáneas distan mucho de formar un conjunto homogéneo y orbitan entre un academicismo añejo, que emula todo aquello que se encuentra en los museos o en las bibliotecas, y el esfuerzo mercadotécnico, que busca satisfacer la insaciable búsqueda de novedad de una humanidad hastiada de sí misma, pero instalada en la autocomplacencia. Las artes, la moda, la literatura, el cine, la filosofía, temen arriesgarse y recuperan el pasado reciente en la búsqueda de algo que sea “nuevo”, pero que no sea disruptivo.

Será por esto que cada quien busca su coto, un lugar, un círculo, que lo acoja y que produzca el eco que le permita seguir oyendo solamente su propia voz. No hace mucho Zygmunt Bauman criticaba en estos términos las modernas redes sociales, por ser la culminación de esta tendencia (Querol, 2016). En este espacio nuestros interlocutores son solamente aquellos que elegimos, y cuando alguien disiente, siempre existe la posibilidad de vetarlo.

La mayor contradicción de nuestro tiempo es quizás el resultado combinado tanto de la exacerbación de las diferencias individuales como de la desesperada necesidad de pertenecer a una comunidad. La saturación de imágenes, de ideas, de objetos y de individuos se contrapone con la necesidad de significar, de ser parte de la cultura en un momento en el que las más grandes creaciones son prácticamente anónimas.

Ciertamente sigue habiendo creación individual, pero en el ámbito global y altamente tecnificado en que vivimos el que figure un nombre con grandes letras en la portada de un libro, en los créditos de una película, en un teorema matemático o denominando un procedimiento clínico, suele deberse en muchas ocasiones o a una mera concesión a la vieja idea del genio o a la implantación de una marca comercial.

La gran mayoría de los herederos de los antiguos artistas, científicos o genios universales del Renacimiento ahora se ven reducidos a un ámbito sumamente cerrado, en el que se habla una lengua particular y en el cual otros discursos no tienen lugar por el simple hecho de que no se comprenden. En buena medida, y a pesar de su aparente ubicuidad, la cultura contemporánea sigue evocando la historia bíblica de Babel y de su torre, pero en esta ocasión la causa de esa fragmentación es, en lugar de la injerencia divina, la hiperespecialización de las disciplinas contemporáneas.

El gran proyecto de la ciencia-torre de Babel se ha abandonado. Lejos quedaron los intentos del círculo de Viena por construir un lenguaje y una ciencia unificada. Cada grupo de hablantes se ha movido a su propio territorio y la comunicación con los otrora pobladores de la misma ciudad solamente tiene lugar de forma entrecortada. Las interdisciplinas, que se plantearon como puentes para salvar el hiato entre distintas culturas, suelen tener un sesgo ya sea hacia uno u otro de los extremos del precipicio y difícilmente se proponen el establecimiento de un lenguaje común que posibilite una franca comunicación.

Aun los esfuerzos institucionales por tender puentes que libren este vacío a través de la creación de disciplinas intersticiales como son los estudios sobre la ciencia—que incluyen a la filosofía, la historia y la sociología de la ciencia, por señalar a sus miembros más insignes—, o incluso la bioética, que desde algunas perspectivas se ha sugerido como un puente entre la ética y la biología (y por lo tanto entre humanidades y ciencias), suelen plantear una relación desigual entre los terrenos a los que supuestamente sirven como mediación.

La propia distribución de las interdisciplinas, dentro del amplio espectro de la cultura, sugiere una vez más la existencia de una disparidad, pues mientras que algunas disciplinas tradicionalmente humanistas, como la historia, la ética y la filosofía, se han enfocado en aspectos particulares de la cultura científica, otras áreas han tenido un desarrollo mucho menor o casi nulo. Así pues, debiera sorprendernos que, siendo la ciencia una actividad cuyo desarrollo se evidencia en buena parte a

través de sus manifestaciones verbales, haya una enorme falta de interés en la semántica, la retórica y la sintaxis del discurso científico y cuando lo hay tenga normalmente el único objeto de descalificarlo.

La lógica, la ontología y la gnoseología de los estudios científicos suelen considerarse el territorio casi exclusivo de la filosofía de la ciencia—una disciplina que si bien no rechaza sus raíces filosóficas, sí tiende a asumir ciertos presupuestos básicos con respecto a las ciencias. Esta área, como otra gran parte del espectro de los estudios sobre la ciencia (también agrupados a veces bajo el pomposo término de “metaciencia”), adoptan, aunque sea de forma parcialmente crítica, una imagen de la ciencia en la que sobresalen su racionalidad y su objetividad, así como su preeminencia o exclusividad en la determinación de nuestra relación con el mundo.

De la misma forma en que el espectro de la cultura que abarca la ciencia pareciera delimitar sendos vacíos en la visión humanista contemporánea, las ciencias también brillan por su ausencia en lo que se refiere a su consideración del espectro de la cultura abarcado por las humanidades. Así, es notorio que la botánica y la zoología de Cortazar, la química de Borges, a la vez que la astronomía de Lorca, la mecánica de Carpentier y la óptica de Sorolla, sean esencialmente inexistentes en nuestra época.

§

Regresando a Goethe, él formuló en su *Zur Farbenlehre* una teoría del color que se contraponía al análisis de la luz ofrecido por Newton, pues enfatizaba a la par del fenómeno físico, la percepción y la praxis del color (Goethe, 1953 [1810]). Sin embargo, la realidad de los fenómenos de la luz y el color, que para la ciencia actual se encuentran esencialmente en las variedades de la radiación electromagnética, ha sido rebatida o acotada en diversas ocasiones por autores como Moore (1929 [1903]) o von Uexküll (1982 [1940]).

El dictum de la verdad, de la objetividad y del realismo, que sigue guiando en este siglo XXI una gran parte del trabajo científico, contrasta con un *ethos* humanista que suele favorecer la libertad, el hedonismo o simplemente el intelectualismo de las humanidades contemporáneas. Ambas posturas, o si se quiere imposturas, son estrictamente falsas. Corresponden, más bien, a lo que Sontag—parafraseando a McLuhan—describe en términos de una incapacidad de los individuos para aceptar los cambios radicales en el entorno, en los “modos de pensar, sentir y valorar”.

Los formas del siglo pasado se han elevado al nivel de “formas artísticas” —como señala Sontag que pasó con la naturaleza al llegar la revolución industrial—, cargadas de valores estéticos y espirituales” que se han convertido en una realidad aparentemente inalterable a pesar de su clara discordancia con nuestra época. La noción de «problema» ha adquirido un sentido peculiar al interior de las distintas disciplinas, y enormes esfuerzos se dedican a nivel global a sostener metas que difícilmente se integran en un propósito unificado y que parecen enfocarse en la resolución de conflictos cuya importancia deriva esencialmente de la propia disciplina y de la tradición a la que pertenece, pero que resaltan por su falta de conexión con la situación actual del ser humano.

La sensibilidad de nuestro tiempo no es, no puede ser, la ceguera y el miedo a lo desconocido, sino que necesita ser capaz de romper con los moldes y las categorías de las décadas pasadas, por lo que es necesario repensar las acostumbradas tradiciones disciplinarias y ser capaces de formular nuevas formas de pensamiento y de acción, que respondan a la complejidad del mundo contemporáneo.

Dentro de los distintos proyectos interdisciplinarios que se han planteado en tiempos recientes quizás los dos que revisten mayor interés son la bioética y la biosemiótica, tanto por el potencial que parecen tener, como por los problemas que han enfrentado y que han frenado parte de su desarrollo, pues las divisiones que dominan la cultura actual, como señalábamos, aparecen replicadas en estos proyectos interdisciplinarios.

Originalmente Potter formula la bioética como un puente necesario entre un área de las ciencias—la biología—y un área de las humanidades—la ética—para atender la notoria degradación del medio ambiente y, consecuentemente, de la calidad de vida del ser humano y de otros seres vivos (cf. Wilches Flórez, 2011), sin embargo, ~~en la realidad~~ este proyecto no ha llegado aún a construir una perspectiva, una metodología o un conjunto de conceptos unificados, y quizás su característica más notable es que tiende a reunir a individuos con intereses afines, pero que con mucha dificultad superan las barreras impuestas por sus propios marcos disciplinarios.

Algo similar ocurre con la biosemiótica, que surge en una forma dual. En primer lugar como un proyecto científico que busca superar las limitaciones de la teoría de la información (propuesta originalmente por Shannon y Weaver), para investigar la existencia de códigos y de significación en un nivel puramente biológico, y, en segundo lugar, como un proyecto humanista que busca superar una aproximación mentalista a la semiótica con el fin de caracterizar adecuadamente el fenómeno de la zoosemiosis (Barbieri, 2009). Aunque ambas propuestas han sido adoptadas con dificultad en

sus respectivos ámbitos, su mera existencia evidencia un vacío que obedece menos a la falta de una nueva disciplina que llene un espacio delimitado dentro de la geografía del conocimiento, y más a la incongruencia entre la sensibilidad del siglo pasado y las necesidades del presente.

Más que una fragmentación histórica entre ciencias y humanidades, lo que muestran muchas de las fracturas de la cultura contemporánea es la escisión del espíritu humano entre una razón fría, desarraigada de su contexto emocional, y la empatía y la cólera que despierta en nosotros lo que ocurre con otros seres, así como la violencia que ejercemos y que se ejerce sobre una naturaleza vital que busca no quedar atrapada en los engranes de una máquina perpetua (el mercado) que parece no ir en ninguna dirección.

Necesitamos superar la inconmensurabilidad que se da entre esas dos esferas de nuestra humanidad, pero para hacerlo será necesario apartarnos de las formas y de los discursos establecidos, romper con los marcos disciplinarios de maneras radicales, hasta ver si la cacofonía que emerge de esa Babel castigada es capaz de transformarse en una armoniosa polifonía.

Destronar el chovinismo imperante en las distintas áreas requiere no solamente informarnos sobre otros ámbitos de la cultura, sino también ser capaces de desacralizarlos, de ensuciarse con ellos y de ponerlos a la altura de la propia disciplina. El reto es mayúsculo, pues implica la ejecución de una indisciplina consciente y metódica. No se trata, por ejemplo para una matemática, de una breve excursión en el arte dramático o de un exabrupto poético a media demostración de un teorema poema, sino de generar en esta profesional la inquietud y la pasión por hacer poesía matemática o matemática poética.

Ciertamente es éste un asunto riesgoso, y es probable que ni todos los espíritus ni todas las disciplinas estén igualmente dispuestas o salgan igual de bien libradas de este ejercicio, pero también es cierto que las universidades contemporáneas se encuentran en una encrucijada que requiere acciones creativas e inmediatas. El mercantilismo ha puesto nuevamente sus ojos sobre estas instituciones y es innegable la dificultad que existe para compatibilizar la deliberación acerca de los fines—que debería acompañar a toda formación universitaria—con las exigencias de un mercado que, ahora más que nunca, requiere solamente piezas de refacción para sus engranajes.

Esta misma contradicción es la que asola a proyectos como los de la bioética y de la biosemiótica, pues ni los tradicionales marcos disciplinarios, ni las coyunturas políticas y económicas actuales nos

preparan para estos nuevos territorios. Sin embargo, como pensaba Potter en relación con la bioética, el futuro de nuestra especie depende de que seamos capaces de superar las divisiones existentes de manera que una de las visiones no se tenga que rendir ante la otra. No tenemos que científizar las artes y las humanidades, ni tampoco humanizar a las ciencias, sino que debemos ser capaces de abrazar lo desconocido y de abordar los problemas actuales sin intentar ceñirlos forzosamente a ninguno de los dos lados de esta dualidad.

En conclusión, vencer las divisiones imperantes en la cultura contemporánea nos exige, no la indolencia que procede de la autocomplacencia y el derrotismo, sino una indisciplina absolutamente metódica que parta de un sincero cuestionamiento sobre la preeminencia del propio quehacer frente al de los demás.

Referencias

- Barbieri, M., 2009. A Short History of Biosemiotics. *Biosemiotics* 2(2), pp. 221–45.
doi:10.1007/s12304-009-9042-8
- Goethe, J. W. von, 1953. *Farbenlehre*. Stuttgart: W. Kohlhammer.
- Moore, G. E., 1929. *Principia Ethica*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Querol, R. de, 2016. Zygmunt Bauman: “Las redes sociales son una trampa”. *El País*, el 9 de enero de 2016, sec. Babelia.
- Snow, Ch. P., 2012. *The two cultures*. Canto classics. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sontag, S., 1969. *Contra la interpretación*. Barcelona: Seix Barral.
- Uexküll, J. von, 1982. The Theory of Meaning. *Semiotica* 42(1), pp. 25–82.